

Jordi Pujol

IVA

Son tres iniciales bien conocidas que habitualmente significan impuesto sobre el valor añadido.

Hace cuatro años el Centre d'Estudis Jordi Pujol (info@jordipujol.cat) se propuso profundizar en el estudio del IVA. De ahí que a la pregunta que a menudo me hacen sobre a qué me dedico ahora que no soy presidente contesto que a estudiar el IVA. Lo cual provoca una cierta sorpresa. Poca gente se imagina que Pujol se haya reciclado como fiscalista y que se dedique al estudio del impuesto sobre el valor añadido. La sorpresa dura poco porque enseguida explico que el IVA a que me dedico, y a que se dedica el Centre d'Estudis Jordi Pujol, se refiere a Ideas, Valores y Actitudes. La confusión es breve, pero ayuda a despertar un interés inicial.

Para salir adelante, un país necesita muchas cosas. Necesita buena política. Es un error no dar a la política una gran importancia. Necesita una sociedad bien articulada y equilibrada. Necesita una economía sólida y competitiva. Y muchas cosas más, pero necesita también, en todos los ámbitos, ideas claras, valores sólidos y actitudes positivas. Es más, difícilmente un país tendrá buena política, buena acción social y buena economía si no dispone de este substrato intelectual y ético.

Ideas claras sobre lo que somos, lo que queremos ser, lo que podemos ser, lo que no podemos ser. O, si queremos traspasar nuestros límites habituales con mayor razón, tenemos que tener una idea precisa y bien elaborada de cómo podemos hacerlo. Ideas claras sobre nosotros mismos. Sobre nuestros activos y nuestros pasivos, sobre nuestra realidad y sobre el mundo en que vivimos.

Valores sólidos. Convicciones firmes. Nunca se ha edificado nada ambicioso y duradero sobre la arena del relativismo.

Actitudes positivas de confianza y autoestima, o en el peor de los casos de voluntad de superación. Actitudes autoexigentes y creativas.

Catalunya ha progresado siempre que ha tenido un proyecto potente, coherente y capaz de ilusionar. Pero para esto necesita un buen nivel de IVA.

En el tema de los valores, ahora está muy de moda hablar de valores líquidos. De valores no sólidos, sino frágiles. No duraderos, sino fugaces. No consistentes, sino blandos y porosos. Con fecha de caducidad a corto plazo. Valores *kleenex*, como algunos los llaman. Valores de *quita y pon*. Son ahora los valores más cotizados, incluso ensalzados en amplios sectores de nuestra sociedad. Y un sociólogo polaco de gran prestigio, Bauman, ha teorizado sobre los valores líquidos y ha puesto de manifiesto su predominio en la sociedad actual. Pero su análisis ha sido transmitido erróneamente al conjunto de la sociedad por muchos comentaristas, articulistas, divulgadores... Se ha presentado el certero análisis de Bauman como una valoración positiva de esta situación, e incluso se ha estimulado la adopción de valores líquidos, cuando en realidad Bauman describe una realidad, pero la valora negativamente. Muy negativamente. Porque con valores así no puede haber compromiso. Y sin compromiso firme y duradero no se edifica nada importante.

Y dice, irónicamente, que está rodeado de valores líquidos de rápida caducidad (y que por consiguiente conducen a la rápida caducidad de los compromisos), pero que afortunadamente lleva 53 años casado, y comprometido, con su esposa.

De cuanto antecede se desprende la importancia de valores sólidos en el compromiso. De que una persona o una sociedad asuman un compromiso respecto a un proyecto. Un proyecto de país en el caso de Catalunya.

El IVA a que me dedico, y también el Centre d'Estudis Jordi Pujol, se refiere a Ideas, Valores y Actitudes



ASTROMUJOFF

Es precisa una actitud de autoestima; con la necesaria autocrítica, pero impregnada de vitalismo y esperanza

Por supuesto que un compromiso comporta riesgo. Riesgo de incumplimiento, de incapacidad de mantenerlo. O riesgo de comprometerse con algo que con el tiempo te das cuenta de que no es positivo, o de que es erróneo. Riesgo incluso respecto a uno mismo, a su propia autenticidad o a su propia autoestima. Y riesgo de fracaso. Pero sólo hay una manera segura de no fracasar, que es la pasividad. O la renuncia.

Los valores vividos con autenticidad y espíritu de compromiso se convierten en hábito. No en el sentido peyorativo de acostumbramiento sino en normas de vida. De vida personal y de vida colectiva. No olvidemos que los valores convertidos

en estilo y modo de vivir es lo que los clásicos –ya los griegos– llamaban virtudes. O sea, la disposición habitual del ánimo para realizar algo positivo. El hábito del esfuerzo, o de la justicia, o del respeto, o del trabajo bien hecho. O el hábito del afecto a la familia, o al propio país, es decir, el patriotismo, o al prójimo, de la solidaridad. O el hábito de la empatía, es decir, de la capacidad de comprender. O el hábito de hacer que la propia persona y la propia dignidad sean respetadas.

Y el hábito del ejercicio de la responsabilidad. El hábito de actuar responsablemente. El sentido de responsabilidad es clave para que funcionemos eficazmente y positivamente en lo personal y en lo colectivo. Y a efectos del presente y del futuro.

Por supuesto que los valores comportan deberes. No me refiero a los deberes que impone la autoridad, sino a los que

Francesc-Marc Álvaro



Llegar a la Luna o tocarla

Un grupo de empresarios catalanes se ha propuesto unir esfuerzos para crear y enviar a la Luna un robot original, tomando parte en el concurso internacional *Google Lunar X Prize*, un certamen que premiará al equipo ganador con 20 millones de dólares. Los proyectos deben ser financiados mayoritariamente con capital privado (está bien que algo no dependa de las subvenciones) y el reto es culminar la misión antes del 31 de diciembre del 2012. La idea de alcanzar la misteriosa Selene no ha perdido su glamur a pesar de que recientemente hemos celebrado el cuadragésimo aniversario de la llegada del hombre a nuestro satélite natural. Los catalanes no queremos ser menos. Paradojas de nuestro tiempo y de nuestra tribu: puede que resulte más fácil darse un paseo por el espacio exterior que, por ejemplo, conseguir que la selección catalana de fútbol compita oficialmente. A la vista de esta casuística, es explicable que todavía queden almas escogidas que vuelven a desempolvar la idea de intentar reformar la Constitución en caso de que el Tribunal Constitu-

Los castells son un canal de integración cívica de primer orden y un espectáculo sensacional

cional tumbe el Estatut. ¿Cuándo aprenderemos de nuestros errores?

Mientras la política inmediata consiste en confundir la Luna con la luna de Valencia, y confundir el dedo con aquello que este señala, la gente sigue trepando a su manera, para tocar el cielo. Así lo hacen los castellers, una tradición viva que busca ahora el reconocimiento de la Unesco como patrimonio cultural inmaterial de la humanidad. Gracias a los amigos Xavier Capdevila y Xavier Brotons, cronistas apasionados del mundo casteller, uno ha podido comprobar cómo los castells son mucho más de lo que parece. Son, por ejemplo, un canal de integración cívica de primer orden, y un espectáculo sensacional que los visitantes ponderan más que muchos de nosotros. En manos de los estadounidenses, afirma Capdevila, las retransmisiones televisivas de las jornadas castelleras hoy ya serían un negocio global que tendría seguidores en los cinco continentes. Aquí todavía hay que explicar al provinciano de turno que el folklore que ignora es más moderno que su empanada mental. Al margen de lo que dicten en la Unesco, no hay duda de que los castells, con su riesgo y su belleza, han devenido el contrapunto irónico perfecto de la ciudadanía catalana, metida en un atolladero institucional de tres narices y sin capacidad ni voluntad de hacer piña.

Tocar o llegar a la Luna, la cuestión es no resignarse ni ser un muerto viviente. El tío Baixamar, que se despidió respetuosamente hasta más ver, sigue queriendo pescar la Luna *amb un cove* antes de que le declaren fuera de la ley. Será que es un sentimental o que trata de ensanchar la democracia. Dado que lo suyo no es exactamente la política, milita en algo más básico: sonreír y evitar parecerse a sus adversarios, mala gente. Y mirar la Luna, de vez en cuando.●

reclama el compromiso personal o colectivo, que son libres, y a los que reclama el proyecto. Que también puede ser personal, aunque ahora me refiero especialmente al proyecto colectivo. Y repito: el compromiso es libre. La adhesión a un proyecto también es libre. Los únicos deberes que hay que cumplir forzosamente son, como decía, los que impone la autoridad legítima. Pero muy a menudo –y por supuesto en el caso de Catalunya– con esto no basta para sacar adelante un proyecto ambicioso de sociedad y de país.

De ahí la necesidad de actitudes estimulantes, constructivas, esforzadas. Actitudes de autoestima. Con toda la dosis que se precise de autocrítica, pero impregnada de vitalismo. Y abiertas a la esperanza.

Esto no es un sermón moral. Es un discurso político. Es decir, un discurso sobre cómo con libertad, justicia y eficacia, y con equilibrio entre la persona individual y el bien común, puede funcionar una sociedad. Es un discurso sobre el conjunto de ideas, valores y actitudes –es decir, del IVA– que dan coherencia, convicción y energía a la acción de un país.●